

Emigrar en tiempos de crisis: la juventud española a la intemperie

Desde el momento en que nacemos, entramos a formar parte de un mundo ya existente, habitamos un mundo común en el que podemos, si se dan las condiciones, *decirnos* a nosotros mismos como individuos. Como afirma Hannah Arendt, cada individuo logra decir quién es a través de la acción. Esta acción se expresa en parte en el trabajo, pero no todo acceso al trabajo permite al individuo revelarse, mostrarse a sí mismo. Hay trabajos en los que se responde a la necesidad y trabajos en los que se ejerce la libertad; hay un modo de estar en el mundo en el que tratamos de sobrevivir, pero el ser humano necesita, más allá de estar vivo, amar la vida que vive.

Nacemos en un mundo de significados, el significado se hereda, pero el sentido no. Hay muchos jóvenes españoles que no logran encontrar el sentido en una sociedad en la que muchos de los significados heredados han dejado de darles las claves para situarse en el mundo (o porque son significados caducos o porque son falsos). La juventud española ha quedado a la intemperie: vive un presente con el que no se identifica y en un país que no siempre tiene los rasgos de un hogar.

La realidad cambia, pero la falta de horizonte no se debe solo a esto, también se debe a que vivimos una crisis que ha roto las bases del estilo de vida previo. La pregunta ya no es cómo podemos recuperar el estado de bienestar (pregunta propia de la razón instrumental), la pregunta es si es deseable el modelo que hemos heredado y al que intentamos volver sin plantearnos si tiene sentido hacerlo. Y en esa crisis económica, unida a la crisis de modelo y de sentido, muchos jóvenes se ven obligados a emigrar, con la mirada puesta en un horizonte incierto.

España: el joven y sus circunstancias

En los últimos años la crisis ha convertido a España en un desierto profesional para muchos jóvenes, con una tasa de paro juvenil del 55% (la media europea es un 22,5%). Gran parte de una generación que puso sus esperanzas en su formación, en la preparación para el mundo laboral, ha visto cómo sus expectativas de encontrar trabajo se desvanecen y se ve forzada a emigrar.

La emigración de jóvenes que quieren mejorar su formación o desarrollar una carrera profesional en el extranjero es algo que ha ocurrido desde antes de la crisis y siempre es positivo también para nuestro país. Pero en este editorial queremos dar voz también a quienes no han dado este paso por elección, sino por obligación, dadas las circunstancias. No sólo estamos ante la emigración de quien trata de cumplir sus sueños, sino ante la emigración de quien huye de una pesadilla. Y está claro que huir no es lo mismo que buscar: en un caso mueve el miedo y la impotencia; en otro, el deseo y la ilusión. Muchos se marchan sin saber qué les espera en su destino, pero sabiendo que nada les espera ya en el país que dejan atrás (más allá de sus lazos familiares y amistades). Viajar sin tener un proyecto definido implica que muchas veces se empieza trabajando, cuando se encuentra trabajo, en algo que no está relacionado con la formación que se ha adquirido durante años.

En la actualidad, por ejemplo, los jóvenes investigadores tienen problemas para desarrollarse profesionalmente en España, porque no se ha fomentado la investigación (no se ha diseñado una carrera académica estable, no hay financiación, falta coordinación entre las instituciones...). Por otro lado, es difícil encontrar un puesto de trabajo en la universidad, donde es más importante tener contactos («padrinos») que tener un buen expediente o un buen currículum: se prefiere contratar a gente «de la casa», aunque la preparación de candidatos externos pueda ser mejor. Pero no sólo se marchan los jóvenes con titulación superior, también emigran jóvenes con cualificaciones medias y profesionales. En España el mercado laboral se ha transformado y ha entrado en crisis, lo que ha provocado que se pierdan puestos de trabajo en todos los ámbitos.

«Amaréis, pues, al extranjero, porque extranjeros fuisteis vosotros en Egipto» (Dt 10, 19)

Muchos de los jóvenes que emigran no trabajan en aquello para lo que se han formado, porque no es fácil el acceso al mundo laboral para un inmigrante o porque no dominan el idioma. Ésta es una barrera que también tienen que sortear, no sólo hay trabas burocráticas, o culturales, también las hay idiomáticas. Muchos de ellos reconocen que esta experiencia les está haciendo comprender a los extranjeros que llegan a España en busca de oportunidades. Aunque su situación es muy distinta, la experiencia de emigrar les ha hecho mirar con otros ojos a quienes llegan a España tratando de tener una vida mejor.

A veces la alternativa al paro en el lugar de destino no es un empleo estable, sino la precariedad laboral: jornadas interminables de trabajo, sueldos bajos... Emigrar no es siempre garantía de éxito. A estas dificultades se añaden otras, como los problemas que muchos han tenido a la hora de votar en las pasadas elecciones (salvo excepciones, como la embajada de España en Bruselas) o de acceder a la atención sanitaria. Los españoles mayores de 26 años que residen fuera de España más de tres meses y sin un contrato indefinido, no pueden tener acceso a la tarjeta sanitaria europea. En su lugar, tienen un Certificado Provisional Sustitutorio (CPS) que dura tres meses y que no siempre se acepta porque España no está al corriente de los pagos.

Estas dificultades han llevado a muchos de ellos a organizarse y a crear movimientos que intentan defender los derechos de los españoles emigrados. Éste es el caso del colectivo «Marea Granate» (color elegido porque es el color de los pasaportes). Se define a sí mismo como un colectivo «transnacional y apartidista formado por emigrantes del Estado español y simpatizantes». El objetivo de este colectivo es luchar contra las causas y los agentes de la crisis económica y social que les obliga a emigrar. Otro de los colectivos es «Juventud Sin Futuro» (JSF), cuyo lema es: «No nos vamos, nos echan».

La emigración en cifras

Es muy difícil contar con cifras fiables para hablar de cuántos han emigrado desde el inicio de la crisis, o cuál es el perfil de los que se han marchado. Esto es así porque no siempre se informa a las autoridades españolas de que se está viviendo en el extranjero (bien por evitar trabas burocráticas, por no perder determinadas prestaciones...). Hay que cotejar, por tanto, las cifras que posee España con las cifras de los países receptores, que superan entre cuatro y siete veces la que ofrece el INE; pero tampoco tendríamos los datos reales.

Actualmente el INE (www.ine.es) cifra en 2.183.043 el número de españoles residentes en el extranjero. La mayor parte se encuentra en América (1.383.626, el 63%), en segundo lugar en Europa (730.839, el 33,5%) y en menor medida, en África, Asia y Oceanía (68.578, apenas el 3,5%). De ellos, entre 2008 y 2014 emigraron 338 mil españoles (en un perfil gradual creciente). Casi la mitad viven en Europa (165 mil), la mayoría en Francia, Alemania y Suiza. En el caso de América, la emigración se ha concentrado en EE.UU. (28 mil), Ecuador (28 mil), Argentina (15 mil) y Venezuela (13 mil). Quienes optan por Europa, principalmente se marchan a países de la Unión Europea, no solo por la proximidad geográfica o idiomática, sino por los lazos institucionales y la afinidad cultural.

No hay mucha diferencia entre hombres y mujeres que emigran, pero sí en cuanto a las edades. Sobre todo se han marchado los que están en plena edad laboral (25-49 años), que representan el 50,2%. A esta emigración hay que añadir la de los niños de 0-14 años, que por lo general acompañan a sus padres. Este colectivo alcanza el 19,3%. Esto nos lleva a concluir que la emigración de españoles entre 2008 y 2014 está claramente relacionada con la crisis del mercado laboral y de la economía en España.

No tenemos datos fiables del perfil de los que se marchan. No entramos por ello en la discusión de si se van «los mejores» o no, porque tampoco nos parece adecuada la distinción entre «los mejores» y los que supuestamente no lo son. Tampoco queda registrada siempre la situación laboral en la que se encuentran en el extranjero. Las cifras son solo estimadas, pero las historias son reales, por lo que una de las mejores formas de conocer la realidad

de este fenómeno no es atender solo a los datos, sino también a las narraciones de quienes viven esta situación.

El intento de definir la conducta humana a través de cifras supone tratar de medir el agua en kilómetros o la temperatura en litros. Las estadísticas nos dicen qué son los emigrados, pero no quiénes son. Quién es cada joven emigrado no lo refleja un dato, sino una narración, una historia. No serán las estadísticas las que logren escribir esta página de nuestra historia (ni otras muchas de las que estamos siendo testigos). Para preservar la memoria de quiénes somos y quiénes son, más que números, tendremos que ofrecer testimonios.

La emigración en rostros: no todos son protagonistas de «Españoles por el mundo»

Los jóvenes españoles que se han visto obligados a emigrar rechazan la utilización de su imagen como elemento de marketing en determinadas campañas publicitarias. Consideran que no se debería frivolarizar con su situación, tampoco a través de la utilización de eufemismos en el debate político. No es el «impulso aventurero» lo que mueve a la mayoría de los jóvenes a emigrar, sino la falta de oportunidades y como hemos dicho al principio, no es lo mismo perseguir un sueño que huir de una pesadilla. Otro modo de tratar de rentabilizar la imagen de los jóvenes emigrados es convertirla en un ejemplo de la «marca España». Pero la emigración forzada no puede ser considerada una vía de promoción de España, pues no es precisamente el Estado español el que «patrocina» a la mayoría de los jóvenes que viajan en busca de una vida mejor.

Hay campañas publicitarias o películas en las que se recurre al talante alegre de los españoles para mostrar que la situación no es tan difícil, y que incluso puede ser divertida. En algunos casos quizá sea así, pero no podemos olvidar que hay muchas ocasiones en las que la decisión de emigrar es dolorosa y supone experimentar una nostalgia y una impotencia contra la que el estereotipo del español alegre no puede combatir.

Finalmente, hacemos referencia también a los programas de televisión que cuentan las historias, normalmente exitosas, de

quienes viven fuera de España. Se trata de emigrantes que se desarrollan profesionalmente en lugares a los que el espectador, después de ver el programa, le gustaría viajar. Son españoles que cuentan sus éxitos, porque no siempre estamos dispuestos a contar los fracasos, y en el caso de querer hacerlo, no siempre hay medios dispuestos a narrarlos. Más que reflejar la realidad de quienes se marchan a trabajar al extranjero, en estos programas lo que se logra es proponer posibles destinos de viajes turísticos.

No podemos extrapolar estas experiencias de éxito, a las vivencias de miles de personas que viajan y que no tienen cerca una cámara a través de la que dar visibilidad a su historia, no siempre fácil de contar. La directora de cine Icíar Bollaín ha querido mostrar en el documental «En tierra extraña» (Tormenta Films, 2014) la experiencia de jóvenes españoles emigrados a Edimburgo. Es un retrato coral que no permite conocer toda la realidad de quienes se marchan, pero que al menos da voz a historias reales, que nada tienen que ver con el marketing o la gestión política de su imagen (con independencia de que a partir de estos relatos se pueda llevar a cabo una lectura política u otra).

Los jóvenes españoles que han tenido difícil emigrar piden que se dé una imagen más acorde con su propia realidad. Esto pasaría por reconocer que son personas críticas con la situación de España, que tienen el propósito de seguir denunciándola desde el extranjero, pero con el objetivo de mejorarla. El deseo de muchos de ellos sería retornar con unas condiciones más favorables. La experiencia de vivir en otros países, en los que hacen una inmersión en otras culturas, les permite reconocer que hay otras formas de vivir en sociedad: otro modo de hacer políticas públicas, otras formas de ejercer la responsabilidad social... Todos ellos son testigos de primera mano de experiencias positivas y negativas que podrían trasladar a la sociedad española, si para ello hubiera voluntad política.

El joven en busca de sentido

La filósofa Hannah Arendt señala que en la vida humana podemos distinguir tres actividades fundamentales: la labor, el trabajo y la acción.

- La *labor* está vinculada con la supervivencia: son las acciones realizadas para la vida, por lo que dependen de la necesidad. En esta actividad los individuos hacen lo mismo y consumen lo que necesitan para vivir, por lo que hay uniformidad y no hay libertad.
- El *trabajo* es una actividad en la que se producen obras que permiten transformar la naturaleza. A través del trabajo los hombres construyen su hogar en el mundo. El producto del trabajo no se consume, se usa. El trabajo es la condición para crear un mundo compartido en el que sea posible la acción.
- La *acción* como tal se refiere a la actividad orientada a la política. La acción se da en el mundo construido por los hombres, de tal modo que puedan expresar lo que quieren hacer, de ahí que en lugar de uniformidad haya pluralidad: cada individuo muestra quién es en la acción y la interacción da lugar a una sociedad en continua transformación. En la acción hay una afirmación de cada individuo, se le da voz y hay espacio para la libertad.

Las condiciones de vida no definen lo que somos, son nuestras acciones las que permiten expresar y revelar quiénes somos más allá de lo que poseemos o de lo que producimos. Solo la acción (política) permite que aflore «quiénes somos» más allá de «qué somos». Son nuestras palabras y nuestros actos los que nos permiten diferenciarnos, introducir pluralidad e iniciar una transformación social.

Pero una sociedad en la que no es fácil identificarse con la propia acción, en la que el individuo no puede decirse a sí mismo a través de su trabajo y de su discurso, es una sociedad que corre el riesgo de anular a sus individuos y abrazar el totalitarismo. Una sociedad en la que los individuos no pueden revelar quiénes son en sus acciones, acabará o reducida a mera masa fanatizable o rebelándose contra el sistema que le impide realizarse. Hay jóvenes que logran decirse a sí mismos en las experiencias vividas en el extranjero, pero hay otros que no lo consiguen y es entonces cuando la experiencia de emigrar no permite que realicen sus sueños.

Conclusión

La juventud española emigrada a causa de la crisis tiene dificultades para desarrollar la acción política y el trabajo digno en la sociedad en la que nació. Ellos mismos tratan de recuperar esta posibilidad en el extranjero, pero la sociedad española solo se transformará y saldrá de la crisis si sus propios ciudadanos pueden realizar en ella acciones para el cambio. Los procesos naturales, las inercias históricas y los modelos heredados solo se pueden transformar si abrimos un espacio para la novedad, para la acción que crea lo inédito. Transformar nuestra sociedad pasa porque nos den la posibilidad de hacerlo y también por atrevernos a decirnos a nosotros mismos en lo que hacemos, bien sea en el trabajo, quien tenga la suerte de tenerlo, bien sea en la vida cotidiana. La responsabilidad en la mejora del mundo común es individual (pasa por cada uno de nosotros), no es colectiva (no se puede dejar en manos de la colectividad la tarea de decirse a sí mismo).

Lo que nos hace iguales no es tanto la situación en la que vivimos, sino el deseo de aspirar a una vida digna. La acción orientada a la mejora del mundo común es una acción inspirada por el sentido, que permite redefinir y transformar los significados previos (que quizá se han convertido en una cárcel). El sentido común se transforma, cuando hay una búsqueda común de sentido. Necesitamos que los jóvenes puedan quedarse en España si así lo desean o regresar después de formarse; necesitamos también creatividad y voluntad política para transformar la sociedad en la que vivimos, de modo que no solo quepan los jóvenes en ella, sino que puedan tener voz y ser autores y actores directos de la transformación, no solo espectadores desde el exilio (sea éste la realización de un sueño o la perpetuación de la pesadilla). ■